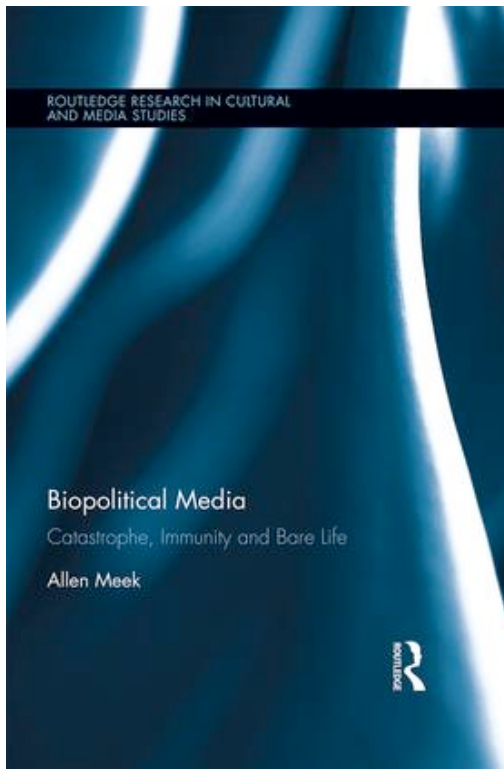


Biopolitical media: catastrophe, immunity and bare life. Allen Meek, New York, Routledge, 2016 (166 págs.)

Por **Andrea Beatriz Pac**



Desde su título, el libro de Allen Meek propone un análisis sobre la función de los *media* en la difusión de imágenes asociadas con catástrofes sociales o históricas de los siglos XX y XXI en el marco de tres conceptos centrales en la teoría del biopoder: los actos excepcionales de violencia y la vida nuda supuestos en la producción de inmunidad. El desarrollo de esta reflexión pone de manifiesto las complejas relaciones de la imagen (desde la fotografía hasta las películas) y de los medios de circulación de las imágenes (desde el papel hasta los medios digitales), con los saberes (biología, antropología, genética) y con los

mecanismos que se imbrican en la producción de vida y de muerte que el biopoder asume como función para la sociedad política y justificación de sí.

A partir de este marco teórico, Meek persigue trascender las concepciones humanistas y vitalistas de la experiencia visual, que se concentran en su impacto social, sus representaciones, la propiedad y el control o su desarrollo tecnológico. “El abordaje de los *media* en términos de biopolítica—afirma— nos permite comprender de qué manera funciona la catástrofe mediada en un sistema cuyo objetivo es preservar, proteger y fortalecer las vidas que se consideran dignas de ser vividas. (...) Las imágenes de catástrofe juegan un rol específico en la definición y la negociación de los límites y las fronteras de la vida” (p.1). De esta manera, su análisis se extiende más allá de la alternativa ‘sensibilización o anestesia’ como efectos de la proliferación

de imágenes de catástrofe (si bien éstos no quedan excluidos entre los mecanismos mediante los cuales el biopoder traza la línea de la inmunidad y define, en el mismo gesto, la nuda vida).

La extensa Introducción establece su postura y despliega con detalle las referencias que remiten a pensadores clásicos de la imagen, como Benjamin, y de la política, como Arendt, y a los filósofos y conceptos más relevantes en las discusiones actuales sobre el biopoder: Foucault, Agamben, Esposito, Hardt, Negri. Todos ellos serán puestos en diálogo con un abundante material documental (películas, colecciones de fotografías, registros digitales) y bibliográfico que recorrelas imágenes de catástrofe y los diversos análisis de que ha sido objeto a lo largo del siglo XX, hasta el presente. Con este recorrido, Meek se propone “mostrar de qué manera los *media* se han desarrollado desde la emergencia, hacia fines del siglo XIX, de archivos fotográficos y estudios del movimiento proto-cinemáticos, pasando por los estereotipos racistas del colonialismo europeo y la guerra genocida conducida por el régimen nazi, hasta la construcción de posguerra del trauma colectivo alrededor de las memorias de Hiroshima y del Holocausto, y la convergencia de la información digital y la bioseguridad en la guerra contra el terrorismo posterior al 9/11” (p. 21).

393

A esta Introducción siguen cinco capítulos que, si bien remiten unos a otros, pueden ser también leídos como estudios independientes. El primer capítulo, “El biotipo y la máquina antropológica” se centra en la fotografía y los primeros registros fílmicos del movimiento de los animales, y su convergencia con los registros biométricos orientados a la diferenciación biológica de las razas y la identificación de la criminalidad. En esta construcción de biotipos se apoya la distinción entre el humano y el animal –una distinción que se instala al interior de los grupos humanos asegurando la identidad de los grupos dominantes y ofreciendo fundamentocientífico a los mecanismos de vigilancia, intervención, control y exterminio–.

Junio
2017

El capítulo dos, “Historia natural y *media* nazi”, Meek argumenta que el análisis del nazismo en términos biopolíticos implica atender a “las relaciones entre catástrofe y tecnología, y los usos de los *media* para preservar la inmunidad y producir nuda vida” (p. 58). Benjamin es, para este capítulo, un referente privilegiado. También son

de relevancia en el análisis la popularización de la fotografía (que hace extensiva la identificación de los biotipos a la población no científica), el registro nazi de sus prisioneros y de las torturas (en el que convergen la curiosidad estética del dominador de cuya mirada es imposible ocultarse, la curiosidad científica y la producción de inmunidad), y el impacto anestésico de la tecnologización de la imagen sobre la sensibilidad del espectador. Meek reúne así las piezas que permiten comprender de qué manera las imágenes de la catástrofe la naturalizan por ser necesaria para la conservación de la vida en un aparato de biopoder una de cuyas componentes centrales son los *media*.

“Trauma colonial y el Holocausto” es el tercer capítulo. A través de la lectura de Agamben, Meek discute la noción arendtiana de trauma histórico aplicada al Holocausto, cuyo origen es el impacto provocado por las diferencias ‘raciales’ humanas que la civilización europea encontró en su expansión colonialista. Argumenta que “la idea que gradualmente emerge en el periodo de posguerra del Holocausto como un trauma histórico fue sintomática de la imposibilidad de comprender las más amplias implicaciones de la biopolítica nazi. Por esta razón, continuó reproduciendo concepciones biopolíticas de lo humano y lo no humano que tuvieron sus orígenes históricos en el colonialismo y el racismo europeo” (p. 86). El capítulo abunda en la referencia a registros fotográficos y fílmicos coloniales, crítica cinematográfica y reflexiones filosóficas, con el fin de apoyar en las funciones de los *media* la conexión conceptual entre el colonialismo y el Holocausto.

El capítulo cuarto se denomina “Imaginación biopolítica”. En él, las reflexiones de Sontag en torno a la imagen y la imaginación se entraman con la sociología y el psicoanálisis en la argumentación de Meek sobre cómo en el periodo de posguerra “el shock y el trauma empezaron a funcionar como efectos calculados del aparato biopolítico de seguridad” (p. 112). El cuestionamiento de los crímenes contra la humanidad abarca tanto los campos de exterminio como la bomba atómica; se hace necesario, entonces, gestionar las imágenes en el marco de la producción de una nueva narrativa sobre la inmunización, la supervivencia y la identidad colectivas, así como de la memoria cultural. En síntesis, se hace necesaria la producción de una nueva imaginación biopolítica.

Cierra el libro el capítulo “La inmunidad del Imperio”, que reúne las nociones de inmunidad de Esposito y de Imperio, de Hardt y Negri para mostrarla función biopolítica de los *media* alrededor del ataque a las Torres Gemelas del 9/11 y las reacciones antiterroristas que se desplegaron en respuesta. En un mundo en el que la catástrofe es la norma, Meek cuestiona “la construcción liberal humanista de los *media* y la catástrofe” que se dirige a los espectadores como ciudadanos conscientes y consternados ante la realidad, y propone en cambio “entender los *media* como un aparato biopolítico que produce sujetos humanos definidos por la amenaza constante de la destrucción” (p. 137). La proliferación de las imágenes de bombardeos (en Irak), torturas (en Guantánamo) y ejecuciones (ISIS) mediatiza los contextos asegurando la inmunización y reforzando la necesidad de los mecanismos de seguridad; pero también problematiza la noción de soberanía y la gobernanza de las sociedades. El recorrido que Meek desarrolla a lo largo de este libro concluye con el rol de los *media* en estos procesos complejos y llama la atención sobre las nuevas relaciones entre las sociedades y la imagen que exige el entramado del biopoder contemporáneo.